

# Volver a la escuela

Escribe Teresa Rosevinge

Desde que Alfredo Bryce Echenique publicara sus *Antimemorias* en 1993, la inminencia de la aparición de otra novela suya ha mantenido en vilo la curiosidad de sus fieles seguidores. Por fin, en abril de este año se publica *No me esperen en abril* (Anagrama, Barcelona, 1995, 611 p.), la novela que sigue cronológicamente a la obra más aplaudida del escritor peruano: *Un mundo para Julius*.

Abril en el Perú es el mes en el que empieza el curso escolar, como aquí setiembre. Y el mes de abril tiene que ver mucho con esta novela precisamente por la importancia que en ella tiene la etapa escolar del protagonista, Manongo Sterne Tovar, hijo de una acaudalada familia limeña.

El mundo en el que esta vez se tiene que desenvolver el personaje de Bryce es un lugar en el que los adolescentes fuman cigarrillos norteamericanos, cantan y hablan en inglés, mascan chicle y quieren parecerse a James Dean, un mundo en el que la sexualidad despierta tempestuosamente y en el que de todos se puede contar algo.

El hilo irrompible que une la trama es la relación amorosa entre Manongo y Tere Mancini, la hija de una familia de la alta sociedad de la que Manongo se enamora a los quince años.

Como ocurría en *Un mundo para Julius* y en otras novelas de Bryce Echenique, el autor presta al personaje central experiencias propias. En este caso, por ejemplo, la asistencia a colegios regidos por profesores ingleses, precisamente la parte que forma el núcleo más compacto de la narración y en torno al cual gira toda la novela.

Pero lo que hay detrás de este libro no es sólo una historia más o menos divertida, lo que hay es una descripción sumamente sarcástica y despiadada de un sector social del Perú en unos años concretos, los cincuenta. Paralelamente a la vida de sus protagonistas discurre la vida social y política de este país sudamericano; junto con los cambios de éstos, se desarrollan los de una nación castigada y empobrecida.

Manongo Sterne, como Julius, manifiesta su extrañamiento ante el mundo y si en la adolescencia lo oculta tras unas gafas oscuras, en la madurez lo acaba reconociendo con decisiones más radicales.

En la novela, aparte de la trama y las múltiples digresiones por las que Bryce Echenique encamina su historia, hay aún más cosas: canciones, cartas y reparaciones de personajes de otras novelas, entre ellos Julius.

La novela resulta genial en muchas ocasiones, la mayoría, y en otras reiterativa. No obstante sigue la línea trazada y exagerada de las anteriores novelas escritas por el autor peruano, en las que se describen mundos sentimentalmente desmesurados y donde la verbalidad torrencial, la estructura caótica, el ingenio, el humor, la ironía y los despropósitos se unen en feliz antiarmonía.

Poeta, narrador, ensayista, hombre de exilios y contravientos, René Deprestre (Jacmel, 1926) es uno de los más destacados intelectuales haitianos de esta mitad del siglo. Desde *Gerbes de sang* (1947), poemario de encendido tono y mensaje, Deprestre ha sido reconocido como un poeta social comprometido en una lucha política que en su país tuvo a los Duvalier como santones de la prepotencia y el ridículo.

Receloso de un "indigenismo" amodorrado e internamente claudicante (con los hermanos Marcelin -Canapévert, *La bete de Musseau*, *Le crayon de Dieu* como máximos representantes), el escritor haitiano se integró a una tendencia mucho más crítica y moderna, cuyos pioneros -Jacques Romain, Jacques Alexis- se abocaron a construir una Haití libre de folclorismos y demás tendencias pasatistas.

**Aléluya por una mujer-jardín** (Lima, Jaime Campodónico editor, 1994), versión local, no es sino una "selección de relatos de la edición original", como bien dice el editor. Cabe corregir al respecto -ampliando la información antes dicha- que la "edición original" de este texto no es precisamente la francesa de Gallimard (1981), como sugiere el editor, sino la canadiense de Leméac (1973). Diferencia temporal que vale la pena tomar en cuenta.

Luego de esto, podemos desde ya reconocer la auspiciosa selección y -sospechamos- traducción de Guillermo Niño de Guzmán. Los cinco relatos que esta reducida versión de *Alléluia pour une femme-jardin* nos presenta revelan un rasgo común: son historias bien construidas, diseñadas con mano firme y sensible para un dosificado tratamiento del **suspense**; aquello que condiciona nuestra atención de ávidos lectores.

Además -y esto abonaría por un Deprestre indismensurablemente caribeño y solar- los relatos desarrollan anécdotas de una sensualidad graduada y encarnada en cada gesto, en cada palabra bien acogida. Los personajes, en su mayoría jóvenes, se ven **seducidos** por la excitante y fina atmósfera que cada intriga elabora para la ocasión.

Por ejemplo, en "Aléluya por una mujer-jardín" Zaza, una mujer madura seduce (¿o es seducida?) a (¿por?) su adolescente sobrino Olivier, el mismo que narra los cuatro "cantos" en que está estructurado el relato. La trama sucumbe a un **in crescendo** fatal que termina con la entrega, el goce y la muerte de Zaza, la mujer-jardín (expresión ésta típica del mundo rural haitiano para designar a la "mujer favorita" del campesino tradicionalmente polígamo), en un final no por abrupto menos flexible a un "aura" de voluptuosidad desenfadada.

"Roséna en la montaña" es una historia que retoma una antigua tradición que desde el medievo apuntala el imaginario popular: aquella que relata las peripecias y deslices de un "aprendiz de santo", un joven aspirante a la vida monacal, que es finalmente vencido por las fieras "tentaciones de la carne".

La historia se dedica, pues, al desarrollo de las mejores condiciones para plantear el "momento de seducción". Un retiro en el campo, un muchacho inocente pero ansioso, un cura "protector", y la infalta-

ble hembra de fuego (Roséna), mantienen la atención de un lector también seducido en un élan sensual del todo estimulante. Como en el anterior relato, el **clímax** es la sesión de amor que los protagonistas gozan, transgrediendo con ello sus propias y tristes censuras.

Sin duda, por la concepción del relato, por esa sola idea de construir una historia repleta de aciertos expresivos; por la solidez del diseño de personajes y el lenguaje bien dosificado y pleno en su afán de elaborar una verosímil e intrigante trama, esta historia -tanto como la anterior- se constituye en una de las mejores de la selección.

Del relato "Del agua fresca para Georgina" hay otras cosas que decir. Y es que es asumido por un narrador bastante particular. Es un narrador "colectivo". Un narrador que en tercera persona adopta la

perspectiva de un "nos", que en este caso representa el colectivo de Jacmel, donde al parecer se desenvuelve la acción.

Es la historia de la vieja Irézile Saint-Julien, quien pacta con un juez la seducción de Georgina Perrilis, bella joven que termina desbaratando los planes del ridículo seductor quien es descubierto (precisamente por una turba de "colectiva" protesta) y confundido, al haberse escondido en la cama de la vieja, como amante de la oportuna celestina. El relato termina inclusive con un tono de "moraleja" que dice mucho de cierto modelo paródico de humor y risueña mirada popular.

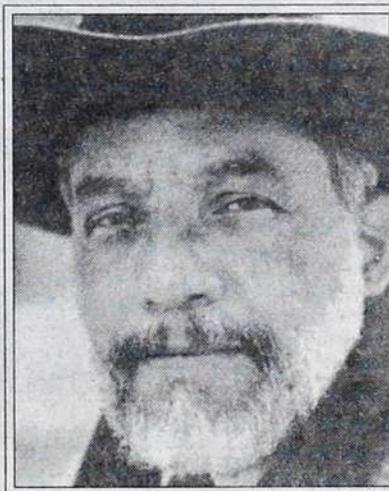
El penúltimo relato, "Bodas en Tiscornia" se destaca con luz propia en este ramillete de cinco historias. Con la misma sensualidad, claridad de expresión y rotundidad anecdótica de los anteriores, éste aporta un valor adicional: una mayor elaboración estructural. No sólo una prosa diáfana y unos diálogos sugestivos, sino también una concepción del relato que abre la senda a la **nouvelle**. Lo que no disminuye en nada el valor del cuento como tal sino por el contrario le da otra

dimensión a la lectura.

Los hechos se inician en Tiscornia, una especie de carcelita de La Habana de los cincuenta. Ahí, una pareja ha sido detenida por ser "diferente": mujer blanca y francesa, hombre negro y haitiano. Separados en distintos pabellones, el hombre relata su fugaz encuentro con una inesperada vecina. Es una española aún joven que se encuentra reclusa absurdamente y a la espera de su "esposo" cubano (se han casado a distancia).

En tablada la amistad, acaban contándose cada uno sus respectivas historias, al punto que se compenetran, y vía una serie de gestos y silencios tan sofocantes como significativos, se entregan desafortunadamente -y por eso resulta una auténtica "boda"- al acto amoroso. Finalmente cada uno va por su lado: él con su incrédula francesa, ella con su insulso esposo cubano.

El punto final es una pequeña historia, "El encantamiento de una noche de lluvia" que cierra con su triángulo, erótico y vibrante, la delicadeza, el buen ritmo y -no faltaba más- la sensualidad casi onírica de un libro cuyo único defecto es el de ser una selección obligada que nos impide así leer más cuentos de este auténtico creador haitiano.



## Cuentos de embrujo

Escribe Carlos Z. Batalla